



AMERICAN NATIONAL CATHOLIC CHURCH

12 de junio de 2025

Jueves de la Décima Semana del Tiempo Ordinario

Carta Pastoral de la Oficina del Obispo Presidente

“Pero tú, que no tienes ojos más que para la codicia y la injusticia; tú que derramas sangre inocente, oprimes a los pobres y gobiernas con crueldad.”

— Jeremías 22,17

Amadísimos en Cristo:

En el nombre del Padre, y del Hijo+, y del Espíritu Santo.

Gracia y paz a ustedes en el nombre de nuestro Salvador Resucitado.

El clamor antiguo del profeta Jeremías resuena con fuerza en nuestros días: un lamento y un juicio sobre los líderes cuya autoridad ya no sirve al pueblo, sino que protege privilegios, siembra injusticia y multiplica el sufrimiento humano. La Iglesia —nuestra Iglesia— no puede permanecer en silencio mientras la opresión avanza y los vulnerables son sacrificados en el altar de la ambición política.

Es con este espíritu que les escribo hoy. La vocación cristiana nunca se reduce a una ideología. Pero sí es profundamente moral. Está enraizada en el imperativo evangélico de defender la dignidad de toda persona creada a imagen de Dios. Y ese imperativo exige, en todo tiempo, una resistencia valiente a la inmoralidad en el liderazgo —ya surja en los pasillos del gobierno, del mundo empresarial o incluso dentro de la misma Iglesia.

La responsabilidad de resistir

El Concilio Vaticano II habló con una claridad penetrante sobre la responsabilidad de los fieles en el mundo moderno. En *Gaudium et Spes*, los Padres conciliares declararon:

“Los ciudadanos han de ser conscientes de su derecho, y también de su deber, de usar su voto libre para promover el bien común. Es necesario que todos los ciudadanos estén conscientes de su derecho y deber de promover el bien común emitiendo su voto de manera libre y con conciencia” (*GS*, §75).

Pero esta responsabilidad va más allá de las elecciones. El Concilio nos recuerda que la **conciencia debe formarse no por lealtades partidistas, sino por las exigencias del Evangelio**. Cuando los líderes promulgan leyes o políticas que violan la dignidad de los pobres, los inmigrantes, las personas LGBTQ+, los niños o los ancianos vulnerables, **debemos nombrar estas acciones por lo que son: inmorales**. Y más aún, debemos resistirlas —no por lealtad política, sino por fidelidad a Cristo.

En *Dignitatis Humanae*, el Concilio defendió el sagrado derecho de la conciencia, particularmente cuando esta se opone a una autoridad injusta:

“Es a través de su conciencia que el hombre ve y reconoce las exigencias de la ley divina. Está obligado a seguir esta conciencia fielmente en toda su actividad para así poder llegar a Dios...” (DH, §3).

Esto, queridos amigos, no es ideología. Es discipulado.

Un tiempo de crisis y confusión

Nos encontramos en un momento de grave desorden nacional. La actual administración federal, mediante un patrón de desinformación deliberada, manipulación de las estructuras legales y desprecio por los más vulnerables entre nosotros, **ha sembrado caos y confusión en nuestro panorama cívico**. Lo que presenciamos no es solo un desacuerdo político. Estamos enfrentando una **desintegración de la verdad y un empobrecimiento de la vida pública**, uno que pone en peligro nuestra democracia y nuestra integridad moral como nación.

Y esto es evidente especialmente en estados como **California**, donde, bajo el pretexto del “orden público” o del “exceso federal,” ahora vemos una **creciente hostilidad estatal hacia la juventud transgénero, las familias inmigrantes y quienes brindan refugio y cuidado**. Como personas de fe, debemos hablar con claridad: cuando el estado coacciona el silencio, impone la conformidad o penaliza la compasión, **deja de ser servidor del pueblo y se convierte en instrumento de opresión**.

Seamos claros: la oposición cristiana a la injusticia no se trata de partidismo político. Se trata de fidelidad al Evangelio. Jesús mismo volcó las mesas del templo y denunció a los líderes que “cargan a los demás con cargas difíciles de llevar” (Lucas 11,46). No fue ejecutado por moderación política. Fue crucificado por la claridad radical de su mandato de amar a todos y por su opción preferencial por los pobres. Su testimonio de la Ley del amor y su compromiso de vivirla fue una amenaza poderosa para quienes detentaban el poder.

El testimonio de nuestra Iglesia

Como Iglesia Católica Nacional Americana, estamos en una posición única para hablar y actuar con valentía. Somos una Iglesia nacida del Vaticano II, animada por el Espíritu, y comprometida con una visión del catolicismo que es inclusiva, sacramental y justa. Nuestra proclamación del Evangelio debe extenderse más allá de nuestros santuarios y llegar al espacio público.

Les exhorto a cada uno de ustedes —clero y laicado por igual— a:

- **Formar su conciencia diariamente** con la oración, el estudio del Evangelio y la atención a la doctrina social de la Iglesia.
- **Resistir la apatía y el silencio** ante la injusticia, especialmente cuando se disfraza de lenguaje religioso o patriótico.
- **Acompañar a los marginados**, no solo con caridad, sino con defensa activa.
- **Rechazar la complicidad** con líderes que manipulan la fe por poder, y hablar con claridad cuando “el emperador está desnudo”.

No olvidemos que la **Iglesia primitiva creció bajo regímenes que intentaron silenciarla**. Nuestros antepasados espirituales se reunían en catacumbas, no porque fueran revolucionarios, sino porque eran fieles.

Así también debemos ser nosotros.

Una palabra final

Estos son días difíciles, pero no están exentos de esperanza. El Espíritu que descendió en Pentecostés aún se mueve entre nosotros. La Iglesia todavía tiene poder cuando habla con claridad moral y actúa en nombre del amor.

Que seamos hallados dignos del Evangelio que proclamamos.

Y que recordemos el clamor del profeta —no solo como condena, sino como un llamado a la conversión:

“Pero tú, que no tienes ojos más que para la codicia y la injusticia; tú que derramas sangre inocente, oprimes a los pobres y gobiernas con crueldad.”

Que no sea así entre nosotros. No ahora. Nunca.

Con toda bendición en Cristo,



Mons. George R. Lucey, FCM
Obispo Presidente
Iglesia Católica Nacional Americana